Globethics Repository



Una cartografía para redescubrir América Latina [A mapping to rediscover Latin America]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Osorio,Jaime
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-07 03:01:07
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/218690

Una cartografía para redescubrir América Latina

Jaime Osorio

América Latina ha perdido significación como objeto de estudio. En un diagnóstico introductorio se plantea que la región ha sido prácticamente suprimida de la investigación teórica, al considerar que solo aporta particularidades en un mundo homogéneo en esencia. Sin embargo, se afirma que la mundialización, etapa actual del capitalismo, no ha puesto fin a los procesos que imponen las nociones de centro y periferia. Se analiza una de las modalidades del sistema capitalista, la dependiente, y los patrones de reproducción del capital en el mundo periférico, pasando de lo general a la búsqueda de herramientas teóricas y metodológicas que permitan explicar las diferencias entre países latinoamericanos y sus singularidades. Finalmente, se ofrecen variables para el estudio de las particularidades y se exhorta a repensar la problematización teórica de América Latina.

Diagnóstico introductorio

En las últimas tres décadas la problematización teórica de América Latina ha sido prácticamente eliminada en la academia de la región por, al menos, dos tipos de procedimientos. Uno, el más visible, arranca del supuesto de que en un mundo social y económico esencialmente homogéneo, en el que solo exis-

Jaime Osorio: profesor-investigador de la Universidad Autónoma Mexicana, Xochimilco, México, D.F.; su más reciente libro es *El Estado en el centro de la mundialización. La sociedad civil y el asunto del poder*, Fondo de Cultura Económica, México, 2004. @:<josorio@correo.xoc.uam.mx>.
Palabras clave: ciencias sociales, capitalismo, dependencia, mundialización, América Latina.

ten «diferencias de grado» mas no de estructuración, no hay nada que justifique investigaciones particulares sobre la región. Los estudios de la política, de la economía y de la sociología, con sus respectivas subdisciplinas y temas, son suficientes para comprender lo que acontece en América Latina, la cual simplemente aportaría ejemplos particulares del comportamiento de tendencias generales[1]. Bajo esta lógica no solo se han reorganizado los temas y problemas de investigación. También se han llevado a cabo readecuaciones de los programas y planes de estudio en las diversas ciencias sociales, tanto en licenciaturas como en posgrados, que presentan como denominador común la progresiva supresión de cursos sobre la región, y a lo más la incorporación de algunos subpuntos para ejemplificar el «populismo», la organización oligárquica, las «modernizaciones» económicas y políticas bien o mal resueltas. Como consecuencia de este proceso, ya son muchas las generaciones de nuevos cientistas sociales egresados de universidades latinoamericanas para las cuales la problematización teórica de América Latina es un asunto desconocido e irrelevante.

Otro procedimiento presenta una cara menos beligerante, pero con resultados igualmente serios: diluir el problema latinoamericano. Aquí no se dice que América Latina no tiene significación como objeto de estudio. Por el contrario, pueden incluso incrementarse los proyectos de investigación y los cursos y seminarios que abordan su problemática. Pero todo ello acontece desde una perspectiva particular: se asume a América Latina como una región geográfica con cierta homogeneidad cultural, histórica y lingüística, diferente a otras áreas, pero los puentes que ligan la historia de una y otras regiones y las jerarquías que se establecen en materia de dominio y explotación desaparecen, en tanto no hay relaciones económicas y sociales que unan sus historias; en el mejor de los casos hay simples intercambios o flujos de mercancías, si el análisis es económico; de población, si es demográfico; de alimentos, vestidos, música, creencias religiosas o pautas de consumo, si son estudios culturales. En otras palabras, son investigaciones donde no aparece lo que articula lo disperso.

Esta última es la forma predominante como se estudia América Latina en las universidades estadounidenses[2]. Pero ella alcanza una creciente presencia en

1. Se trata de uno de los supuestos implícitos en la visión neoliberal de la globalización, en tanto reedición de las viejas teorías de la modernización: existen diferencias en el estadio de desarrollo entre las naciones, las cuales pueden alcanzar las mismas metas si realizan los cambios que cada estadio reclama.
2. En el libro *Abrir las ciencias sociales*, coordinado por Inmanuel Wallerstein, se realiza una buena caracterización de las razones y consecuencias de los llamados «estudios de área».

diversos núcleos académicos regionales, con énfasis en los estudios de caso o bien de estudios comparativos, sean históricos, políticos, económicos, sociales o culturales. Si a esto se agrega la tendencia a privilegiar estudios micro, tras la asunción del postulado posmoderno del agotamiento de los grandes relatos y de una retoma de lo singular y de lo particular (estudios ideográficos), en oposición a las investigaciones que buscan tendencias generales (estudios nomotéticos), se llega a una fragmentación y «pedacería» que no terminan de encontrar los referentes teóricos y metodológicos que permitan integrar las partes y reconstituir alguna unidad, sin que sea por simple «agregación» de casos o temas. En lo que sigue señalaremos ciertas coordenadas de una cartografía que nos haga visible a América Latina como una unidad teóricamente problemática, y el punto de partida es la inserción de la región en el sistema mundial capitalista.

América Latina en el sistema mundial capitalista

El capitalismo cuenta con una vocación planetaria y reclama para funcionar de un mercado mundial, proyectándose a los más variados rincones de la Tierra e integrando a las más diversas economías y sociedades, y logrando que la historia se convierta realmente en historia universal. Este proceso expansivo pero al mismo tiempo intensivo, que tiene sus orígenes en los siglos XIV al XVI, puede periodizarse, siendo la mundialización (o globalización en el lenguaje vulgar) su etapa actual[3].

Una de las tendencias que se derivan de la operación del capitalismo como sistema mundial, y que al mismo tiempo lo potencian, refiere a la emergencia de regiones y zonas con capacidad de apropiación de valor desde otras zonas y regiones, y la conversión de estas últimas en espacios objeto de expropiación de valor. Este proceso, que en sus fases iniciales fue instaurado por medios extraeconómicos, como el simple saqueo colonial, ha evolucionado para operar en un cuadro de naciones formalmente libres, sometido a las leyes económicas que rigen la economía mundial capitalista. Hoy esas transferencias deben rastrearse en el intercambio desigual que opera en el comercio internacional; en el pago de patentes y derechos de economías y empresas tecnológicamente más avanzadas; en la transferencia de ganancias de empresas multinacionales a sus casas matrices; en los interminables pagos por intereses de la deuda externa: en fin, en los movimientos sin fronteras

3. Los orígenes del capitalismo como sistema mundial, así como los de la globalización, constituyen temas polémicos cuya discusión rebasa los objetivos de este ensayo. Remitimos al lector interesado a Amin, Frank, y Wallerstein 1979 y 2001.

(pero con asiento en fronteras precisas: las economías centrales) del capital financiero.

Es esta capacidad de apropiarse de valores de algunas economías y regiones, así como de «organizar» las reglas de la economía del sistema, mientras en otras zonas predominan el proceso de expropiación y los lugares subordinados en el establecimiento de dichas reglas, lo que da sentido a la idea de un sistema mundial capitalista organizado entre «centros» y «periferias», siguiendo los términos propuestos por Raúl Prebisch en sus trabajos en la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal)[4], retomados posteriormente por Fernando Braudel[5] y más recientemente por Wallerstein[6].

América Latina fue insertada en el naciente sistema mundial capitalista entre los siglos XV y XVI, en tanto región colonial donde el saqueo de metales preciosos cumplió un papel destacado en los procesos que permitirán la acumulación de capitales en el mundo europeo. A partir del siglo XIX, como región con naciones formalmente libres, los vínculos con el mercado mundial se estrecharon, alcanzando elevados intercambios en la segunda mitad de ese periodo.

La visión de un mundo integrado por el capitalismo, y con relaciones específicas (intercambio desigual, por ejemplo), rompe con la perspectiva de regiones o naciones que se desarrollan o subdesarrollan como resultado de elementos puramente internos. Así por ejemplo, la Revolución Industrial en Inglaterra, iniciada en el siglo XVIII, tiene importantes factores internos que la explican, pero ellos son insuficientes para dar cuenta de ese proceso, pues «es sabido que, con la conformación de los modernos imperios mercantiles a partir del siglo XVI y el consiguiente auge del comercio colonial, en ciertas regiones de Europa se estuvo operando un importante proceso de acumula-

4. V. una apretada pero sustanciosa exposición del pensamiento de Prebisch en su ensayo «Cinco etapas… ». Hodara atribuye la noción de «periferia» al economista alemán Ernest Wagemann, con estudios en Chile. La «nueva» Cepal ha abandonado las nociones de centro/periferia y las ha reemplazado por la de países avanzados y atrasados. V. Osorio 2003, ensayo incluido también en Osorio 2004a.
5. Braudel (pp. 92-93) reseña así los desplazamientos del centro del sistema mundial capitalista: «En el caso de Europa … se operó un centramiento hacia 1380, a favor de Venecia. Hacia 1500, se produjo un salto brusco y gigantesco de Venecia a Amberes y después, hacia 1550-1560, una vuelta al Mediterráneo, pero esta vez a favor de Génova; finalmente, hacia 1590-1610, una transferencia a Ámsterdam, en donde el centro económico de la zona europea se estabilizará casi dos siglos. Entre 1780 y 1815 se desplazará hacia Londres, y en 1929, atravesará el Atlántico para situarse en Nueva York».
6. Quien agrega los términos «semiperiferia» y «arena externa» (1998, p. 158).

ción de capitales» (Sunkel/Paz, pp. 43-45). En definitiva, la presencia de un «sistema económico y político mundial» que vinculó a Inglaterra y Europa noroccidental «con sus respectivas áreas coloniales y países dependientes» tuvo un papel importante en la posibilidad de la Revolución Industrial «a través de la generación y extracción de un excedente, la apertura de mercados y el aprovechamiento de los recursos naturales y humanos de las áreas periféricas» (ibíd.).

La mundialización no ha puesto fin a los procesos de los que dan cuenta las nociones de centro y periferia. Por el contrario los ha acentuado. La transferencia de valores de las naciones y regiones subdesarrolladas al mundo central se mantiene, cuando no se ha incrementado[7], y se ha ensanchado la brecha entre el mundo desarrollado y el periférico[8]. En la negación de la pertinencia de seguir hablando de centros y periferias en los nuevos tiempos, uno de los argumentos más socorridos es que en la periferia se han creado núcleos de producción y de consumo avanzados que nada tendrían que envidiar a los del centro, mientras en las regiones centrales han aparecido bolsones de miseria que se asemejan mucho a la pobreza de las periféricas, así como «talleres donde se explota a los obreros de Nueva York o París» que «pueden rivalizar con los de Hong Kong y Manila» (estos son algunos de los argumentos principales de Hardt/Negri, p. 307). Estaríamos entonces en una suerte de «revoltijo tal que continuamente hallamos el Primer Mundo en el Tercero, [y] el Tercero en el Primero» (p. 14). En definitiva, los referentes diferenciadores habrían desaparecido.

Los movimientos mundiales de valores y capitales pueden rastrearse, y muestran que tienden a ser apropiados por empresas multinacionales y bancos en sus sedes matrices, ubicadas en las naciones y regiones del mundo central. No hay, por tanto, como algunos suponen, una red indeterminada de valores y capitales que se mueven y circulan sin localizaciones establecidas[9].

7. Por ejemplo, entre 1976 y 1997 América Latina tributó a otras regiones poco más de 2 billones de dólares «en concepto de transferencia de excedentes … con el pago de servicios de la deuda, pérdidas por intercambios, fuga de capitales, utilidades netas remitidas, y errores y omisiones». V. Saxe-Fernández/Petras, pp. 111-112.
8. En 1950 el Producto Interno Bruto per cápita mundial era de 2.114 dólares, pasando a 5.709 dólares en 1998. En ese lapso, mientras en Europa Occidental el PIB sube de 4.594 a 17.921 dólares, y en Estados Unidos, Australia, Nueva Zelanda y Canadá lo hace de 9.288 a 26.146 dólares per cápita, en América Latina y el Caribe solo se eleva de 2.544 a 5.795 dólares. V. Cepal 2002, p. 79.
9. Es la misma imagen que se utiliza en el campo de las comunicaciones: una red indeterminada, sin centros, en donde simplemente «circula» información (v., p. ej., Castells). Nada se dice del peso que tienen principalmente las cadenas estadounidenses y europeas en la generación y decisión de lo que es «noticia».

A la hora de sacar cuentas de las ganancias, éstas tienden a concentrarse en espacios geográficos específicos: primordialmente EEUU, países de la antigua Europa Occidental y Japón[10], los principales centros (jerarquizados en ese orden) del sistema mundial capitalista en su momento actual.

Es inherente al capitalismo explotar y generar riqueza y pobreza de manera simultánea en todos los rincones del planeta. Por más que ello se produzca en todo el sistema, hay diferencias, no solo de grado, sino de calidad en las regiones centrales y en las periféricas. La existencia de unos cuantos *malls*, por más sofisticados que sean, o fábricas de punta en la periferia, no permite suponer que ya se abandonó el subdesarrollo, ni modifica lo fundamental de su reproducción en tanto regiones dependientes. De igual forma, ciertas magnitudes de hambre y de pobreza en las regiones centrales no las convierte en periferia. Como veremos de inmediato, son asuntos más de fondo los que hay que considerar.

Una modalidad particular de desarrollo capitalista: el dependiente

Visto el proceso desde las economías centrales, el ingreso de valores producidos en otras regiones permite a las clases dominantes desarrollar la acumulación y la reproducción del capital en condiciones diferentes a las que se presentan en el mundo periférico. Esto nos lleva a enfrentar un asunto de la mayor importancia: la condición de centro o periferia implica que el capitalismo se despliegue de maneras específicas en unos y otros casos. En definitiva, el sistema mundial capitalista genera diversas modalidades de capitalismo. Este fue uno de los temas cruciales que enfrentó la teoría de la dependencia en América Latina[11]: dar cuenta de las particularidades del desarrollo del capitalismo en esta región, más allá de sus manifestaciones inmediatas de pobreza, desequilibrios estructurales, atrasos en el agro, débiles procesos de acumulación, búsqueda de ganancias fáciles, falta de empleos, etc.

En las economías centrales, ante la masiva producción de mercancías volcadas a los mercados por las revoluciones industriales y tecnológicas desde fines del siglo XVIII, y más claramente en el siglo XIX, el capital debió resolver

10. Estados Unidos tiene el 45% de las mayores empresas transnacionales, seguido por Europa Occidental con el 28% y Asia (particularmente Japón) con el 18%. De los 10 principales bancos del ámbito mundial, EEUU controla el 60%, Europa el 30% y Japón el 10%. *Financial Times*, 27/5/04, citado por Petras.
11. Tema que hemos desarrollado en «El marxismo latinoamericano y la dependencia» en *Cuadernos Políticos* Nº 39, México, 1-3/1984, reeditado en Osorio 2004a.

el dilema de incorporar de manera masiva a los trabajadores al consumo y crear así un mercado interno poderoso, al tiempo que elevaba las tasas de explotación. Esto lo logra por la extensión y profundización de las formas de extracción de plusvalía relativa, la cual permite incrementar el tiempo de trabajo excedente (generador de plusvalía), manteniendo e incluso incrementando el consumo de los asalariados (con fuerte incidencia, en ambos procesos, del crecimiento de las exportaciones latinoamericanas, que ayudan a abaratar materias primas y alimentos), lo que no excluye periodos (previos y posteriores) de brutales formas de explotación.

Esta solución no ocurrió ni ha ocurrido en las economías dependientes. En estas últimas, lo que predomina más bien es el énfasis del capital en privilegiar a los trabajadores como productores, relegando su condición de consumidores. Ello ha sido posible, en un primer momento, porque cuando América Latina se incorpora al mercado mundial como productora de materias primas y alimentos, dichos bienes se destinan fundamentalmente al consumo de los mercados europeos, y posteriormente al estadounidense. Al no tener los trabajadores locales un papel significativo en el consumo, fue posible que los capitales pudieran desarrollar formas brutales de explotación, con el predominio de salarios incapaces de cubrir las necesidades de reproducción normal de la fuerza de trabajo, de la mano de extensas –y posteriormente también de intensas– jornadas de trabajo. A este proceso Ruy Mauro Marini lo ha calificado como «superexplotación».

El proceso de industrialización puesto en marcha alrededor de mediados del siglo xx amplió en alguna medida el mercado interno en sus décadas iniciales, particularmente por el empleo (por la expansión de las actividades estatales) de franjas de la pequeña burguesía y algunas capas obreras y una elevación de su potencial de consumo. Pero esa ampliación se topó con un límite estructural: para hacer frente al proceso de transferencia de valores de la periferia al centro, el capital latinoamericano convierte en fondo de acumulación una parte del fondo de consumo de los trabajadores, ya que sus atrasos tecnológicos le impiden hacerlo por la vía de la concurrencia.

Las debilidades tecnológicas no le impidieron al capital local, sin embargo, ampliar la producción industrial, desde los años 70 del siglo xx en adelante, en alianza con capitales extranjeros. Frente a este crecimiento de las mercancías y los límites estructurales para ampliar decididamente el mercado interno con la demanda de los asalariados, el capitalismo periférico ha encontrado dos formas de solución fundamentales, que no ponen en cuestión su esencia

estructural, es decir, la explotación redoblada, o superexplotación de la población trabajadora. Una solución es la creación de una esfera interna de alto consumo, reducida socialmente, pero con capacidad de establecer una alta demanda, que alcanza una expresión espacial en las últimas décadas en lujosos centros comerciales (esta suerte de Primer Mundo en la periferia). Otra es el retorno, desde los años 80 y bajo un nuevo patrón de reproducción del capital en la fase de mundialización, a hacer del mercado externo su espacio fundamental de realización, volcando al exterior tanto los viejos productos, ahora bajo las normas de mercados más competitivos, como los nuevos bienes industriales y de maquila.

Esta nueva modalidad de reproducción pone de manifiesto la poca significación de los asalariados en el consumo. No es accidental, entonces, la merma de los salarios y del empleo en las últimas décadas, alentada por las políticas de austeridad y de equilibrios monetarios establecidos por la generalidad de los gobiernos de la zona bajo los auspicios del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, y con la anuencia de fracciones burguesas monopólicas locales, asociadas al capital transnacional, para las cuales, dado el tipo de bienes que producen, el consumo obrero tiene poca relevancia[12].

Patrones de reproducción del capital en la periferia

El que el capitalismo opere y se desenvuelva en la periferia de una manera estructuralmente particular, no implica desconocer que pasa por etapas distintas en sus movimientos. No es lo mismo la organización agrominera exportadora del siglo XIX que el proceso de industrialización de las primeras décadas de la segunda mitad del siglo XX, o el nuevo modelo exportador que se gesta a fines de ese siglo y comienzos del XXI. La continuidad en ciertos procesos no se contradice con el cambio. En cada uno de los periodos señalados, la sociedad en su conjunto es reorganizada en función del tipo de valores de uso que se produce, de los mercados que se constituyen para esos bienes, de las clases que se desarrollan, de la forma como éstas participan en el mercado, etc. A la forma particular en que el capital se reproduce durante un cierto periodo, y que implica readecuaciones de la producción y de los

12. Las estadísticas que muestran la caída de los salarios reales en las últimas décadas en América Latina son múltiples. A modo de ejemplo puede indicarse que de un índice 100 para 1980, el salario mínimo en México bajó al 31,0 para 1996, en tanto los salarios medios manufactureros descendieron al 70,3 (v. Cepal 1997). En Chile los salarios permanecieron por debajo del índice 100 de 1970 en todos los años 80, para elevarse débilmente en los 90, alcanzando un máximo de 112,1 en 1999, en un cuadro de una economía que mantuvo en esa última década tasas de crecimiento del PIB por arriba de los siete puntos (v. Programa de Economía del Trabajo, p. 276).

mercados así como de otras esferas de la sociedad, la denominamos patrón de reproducción del capital[13].

El capitalismo dependiente latinoamericano presenta varios patrones de reproducción en donde, junto a ciertas modalidades recurrentes en determinados tiempos (inversiones que privilegian determinados sectores o ramas y que se constituyen en determinados mercados), se realiza también, en el patrón industrial, una ocupación del espacio territorial particular (enclaves mineros o grandes plantaciones trigueras en el patrón agrominero, p. ej.) y cordones complejos industriales agrupados en escala para abaratar costos de traslado de materias primas y abastecimiento en general, o bien plantas maquiladoras concentradas en territorios fronterizos según el nuevo patrón exportador.

Descifrar y caracterizar el patrón de reproducción del capital en que se encuentra una economía nos permite entender el sentido del conjunto del proceso económico y nos ayuda a responder las tres preguntas clave de la economía: qué se produce, cómo se produce, y para quién se produce. En este cuadro comienza a tener sentido por qué se aplican tales o cuales políticas económicas, por qué se establecen tratados comerciales y de qué manera, por qué se producen determinados bienes y a qué mercados internos y externos van dirigidos, cuáles son las condiciones del salario y del empleo, por qué la necesidad del empleo precario y la magnitud que éste asume, el por qué de la magnitud y de las formas de la pobreza y de la riqueza, etc. En pocas palabras, los diversos elementos del análisis económico, que por lo general se abordan como «pedazos» o temas dispersos, comienzan a encuadrarse en una lógica general en donde adquieren sentido. Consideremos ahora algunas de las principales características del actual modelo exportador latinoamericano, que acompaña los procesos de reorganización del sistema mundial en su etapa de mundialización.

1. Este patrón cuenta con dos ejes fundamentales de realización: en el mercado interno, la conformación de una estrecha pero poderosa esfera de consumo que demanda tanto bienes producidos en la economía local como importaciones, muchas de ellas suntuarias; sin embargo es el mercado externo el que desempeña el papel central como punto de referencia.

2. El nuevo patrón exportador –ante la necesidad de hacer frente a una competencia mundial– reclama que nuevos montos del fondo de consumo de los

13. Las cuestiones teóricas y metodológicas sobre el tema las hemos desarrollado en el cap. II de Osorio 2004a.

asalariados se conviertan en fondo de acumulación, propiciando la agudización de viejas y nuevas formas de la explotación redoblada o superexplotación. Los salarios se reducen y crece el empleo precario. Se prolongan las jornadas laborales y se intensifica el trabajo. Se incrementan el desempleo y el subempleo. La pobreza, bajo diversas formas, tiende a expandirse.

3. La planta productiva sufre serios reajustes. La antigua plataforma industrial es desmantelada en algunos casos, mientras en otros se la adecúa para satisfacer las exigencias que impone el mercado mundial. Se asiste a una relocalización de la producción en la economía mundial con la segmentación de los procesos productivos. La fábrica nacional ha sido desmembrada y opera como «fábrica mundial». En esa segmentación, las economías centrales mantienen los centros neurálgicos de la producción –aquéllos que reclaman los mayores niveles tecnológicos–, así como los centros de decisión. Hacia las periferias se trasladan segmentos menos sofisticados desde el punto de vista tecnológico.

4. El capital transnacional alienta la disputa de las regiones periféricas para atraer inversiones y algunos segmentos productivos. Los avances en materia de transporte y comunicaciones hacen posible esta enorme movilidad del capital productivo y del capital financiero. Las plantas maquiladoras muestran una capacidad de desplazamiento por las economías periféricas desconocida hasta hace algunas décadas. Es uno de los tantos signos de la capacidad que ha adquirido el capital de superar fronteras e impedir ataduras que pongan límites a su búsqueda de mayor rentabilidad.

5. Los flujos de valores de la periferia al centro crecen en volumen, y la polarización social alcanza formas inusitadas también entre regiones.

La existencia de economías que dirigen parte sustancial de su producción al mercado mundial no es un fenómeno privativo de América Latina en la actual etapa, ni de las periferias en general. Muchas economías centrales exportan cuantiosos bienes que representan un elevado porcentaje de su producción. El problema, para entender la especificidad de América Latina, no reside allí. Un fenómeno es que se creen economías exportadoras sobre la base de mantener y/o ampliar el mercado interno conformado por los salarios, y otro fenómeno distinto es que el crecimiento exportador se realice sobre la base de reducir el consumo de los asalariados. Tenemos así dos patrones exportadores, pero que operan de manera diametralmente distinta. Esta es la diferencia, por ejemplo, entre Alemania y Japón por un lado, y México, Chile o Brasil, por el otro.

Lo general versus lo particular: una falsa dicotomía analítica

En lo hasta aquí señalado se ha hecho énfasis en los elementos generales y comunes que permiten hablar de América Latina como una unidad. Tendencias que atraviesan el conjunto de la región y que nos ofrecen puntos de partida para iniciar el camino que nos lleve ahora a la explicación de las particularidades de los elementos singulares.

El capitalismo tiende a operar como sistema planetario, pero esa vocación solo la ha podido llevar adelante cobijado en Estados nacionales, en espacios económicos, políticos y sociales acotados. Esta es una contradicción inherente al sistema que pone fronteras a sus posibilidades de operar sin límites en materia estatal[14]. La conjugación de los elementos recién señalados nos permite entender, por ejemplo, que Argentina cuente con una historia donde confluyen muchos elementos en común con Colombia: ambos países forman parte de la periferia capitalista y han desarrollado una modalidad de capitalismo dependiente; se ubican en un segmento particular de la división internacional del trabajo y, en el plano general, presentan una sucesión de patrones de reproducción del capital más o menos similares. Pero también podemos entender que uno y otro país son muy distintos, por lo que debemos buscar las herramientas teóricas y metodológicas que nos permitan hacer visible y explicar las diferencias entre ambos y la singularidad de uno y otro.

La búsqueda de denominadores comunes no es un impedimento para obtener las explicaciones particulares de una nación, de una sociedad o de unidades menores. Este es un muro difícil de derribar en el actual estado de cosas en la academia, y encuentra sus antecedentes teóricos en las polarizaciones alcanzadas en la discusión sobre el método a fines del siglo XIX y comienzos del XX en Alemania. En esos debates se daba por sentado que debemos optar o bien por visiones nomotéticas (leyes generales) o por visiones ideográficas (explicación de la singularidad), cuando estas polarizaciones tienen mucho de artificio, ya que el método que permite caminar en uno y otro sentido es una de las formas más fructíferas para lograr explicaciones más exhaustivas[15]. En lo que sigue pondremos algunos ejemplos de herramientas teóricas y me-

14. Esta afirmación pone en cuestión las cuentas alegres de quienes ya ven a la vuelta de la esquina la extinción del Estado-nación. El tema lo hemos desarrollado en un par de capítulos de Osorio 2004b.
15. Este punto lo hemos desarrollado en el cap. I de Osorio 2001, «La totalidad social como unidad compleja».

todológicas que permiten justamente indagar por las diferencias entre países latinoamericanos y por sus particularidades.

Algunas variables para el estudio de las particularidades

Diferencias en la inserción al mercado mundial. Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, en su clásico libro *Dependencia y desarrollo en América Latina*, señalan dos modalidades de inserción de las economías latinoamericanas en el mercado mundial durante el siglo XIX, distinguiendo entre economías de enclave y economías de control nacional[16] (v. cap. III). Las primeras son aquellas en donde el sector exportador se encontraba en manos de capital foráneo, en tanto en las segundas los propietarios de los principales rubros de exportación eran capitales locales. La distinción no es una mera cuestión jurídica en torno de quiénes son los propietarios del sector exportador. Este asunto es relevante, porque, como lo hacen ver Cardoso y Faletto, ello implicaba capacidades distintas de las diversas economías regionales para retener o no los valores gestados en tiempos del patrón agrominero exportador. Las economías con propietarios «locales» contaron con mayores recursos para un «derrame» interno, propiciando inversiones en otros campos de la actividad económica, lo que favoreció a los sectores propietarios locales, extendió el campo de empleos, y permitió un creciente dinamismo de la economía y una más amplia diversificación de la sociedad, sus clases, sus luchas, y una mayor complejidad del Estado.

Todos esos procesos tuvieron un peso menos significativo en las economías de enclave por cuanto los valores de las exportaciones tendieron mayoritariamente a remitirse a las economías sedes de las empresas extranjeras. Las clases, la actividad económica y el Estado tuvieron menores condiciones para complejizarse. Argentina fue una economía típica de control nacional; Bolivia en el Sur y Honduras y Cuba en Centroamérica y el Caribe, de economías de enclave. Otras, como Chile y México, presentaron ambas modalidades de inserción en el mercado mundial.

La propuesta de Cardoso/Faletto puede ser útil para el análisis actual en tanto se realicen las readecuaciones que reclaman los cambios en los procesos productivos mundializados. Pero no deja de ser pertinente preguntarse en manos de qué sectores y de qué capitales se encuentran los principales rubros de exportación en el modelo exportador latinoamericano que está vigente y

16. Siglo XXI, México, 1969. cap. III.

qué mecanismos existen para retener o no los valores que se obtienen en el comercio exterior y, más en general, en los procesos económicos, para incluir desde las inversiones extranjeras directas hasta los movimientos (especulativos) del capital financiero.

Los valores de uso producidos. El tipo de valor de uso que producen las economías latinoamericanas ha marcado (y marca) significativas diferencias entre ellas. Por ejemplo, una economía como la argentina, que en las primeras décadas del siglo XX particularmente producía bienes necesarios para el consumo de Europa y EEUU como carne y trigo, sufrió de manera menos aguda la crisis de los años 1929-1930 que otras economías, como la brasileña, la colombiana o las centroamericanas, que producían café y «los postres»: plátano, azúcar, cacao, etc. Ello ocurrió por una razón muy simple: en un contexto de crisis mundial y de contracción de las importaciones, las economías centrales redujeron la compra de bienes no indispensables, debiendo mantener cierta cuota de importaciones de bienes necesarios. Esta situación propició grandes diferencias al interior del mundo periférico latinoamericano.

Pero el tipo de valor de uso también propició otras diferencias. Existen bienes que favorecen el desarrollo de otras actividades productivas. La producción de carne en Argentina dejaba como residuo pieles, que pasaron a constituir materia prima para la industria del calzado y la fabricación de ropa. Ello no ocurrió con bienes de uso industrial, como el estaño o el cobre, cuyo procesamiento en las economías locales demandaba un desarrollo industrial y tecnológico inexistente. No fue casual, por tanto, que a las ventajas de producir bienes de consumo necesarios se sumara este último aspecto, lo que permitió que Argentina alcanzara un desarrollo manufacturero muy adelantado en comparación con el resto de los países de la región.

En la actualidad ciertas economías latinoamericanas son grandes productoras de petróleo, un valor de uso de gran demanda y de peso geopolítico. Esto las pone frente a una situación de ventajas y desventajas: cuentan con un recurso que les proporciona ingresos altos, pero por otro lado deben enfrentar grandes presiones político-militares por el valor estratégico del crudo. México y Venezuela son los mayores productores y exportadores de petróleo en América Latina. Es posible que los recursos monetarios que generan las ventas petroleras estén siendo utilizados de maneras distintas en uno y otro caso bajo los gobiernos de Vicente Fox y de Hugo Chávez, lo que nos ayudará a entender no solo diferencias económicas, sino políticas, en uno y otro ejemplo. Desde fines del siglo XX muchos países latinoamericanos (como los centro-

americanos) se convirtieron en grandes exportadores basados en labores de maquila, uniéndose a otros (como México) que ya llevaban décadas de actividad en esa área. La ventaja que supone la cercanía geográfica del gran mercado estadounidense y en general el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (EEUU, Canadá y México), parece irse perdiendo entrado el siglo XXI, por razones como la competencia de otras naciones (China en primer lugar) o regiones. Pero en la maquila se ensamblan y producen diversos valores de uso: electrónicos, textiles y vestuario, piezas y partes de la industria automotriz, etc. No todos estos valores sufren las mismas consecuencias o por las mismas razones. Un análisis detallado por países respecto al tipo de maquila predominante podría mostrar particularidades y diferencias. También el grado de integración de la maquila al resto de las actividades locales propicia formas diferenciadas según zonas y países.

Grado de avance del nuevo patrón exportador. La conformación de una forma particular de reproducción del capital obedece a una lógica en donde se imbrican los procesos que marcan el curso del sistema mundial capitalista con los factores internos en cada región y en cada sociedad. Por ejemplo, en la primera mitad del siglo XIX, cuando se abren las condiciones para poner en marcha el patrón agrominero exportador, no todos los países latinoamericanos responden en iguales tiempos y de iguales formas al reto exportador. Factores como las condiciones y momentos en que se dieron los procesos de independencia, los avances y dificultades de conformar Estados nacionales, marcados en muchos casos por largas y profundas guerras internas, el tipo de productos y el grado de avance en su explotación y producción, son elementos que van a incidir en la rapidez o tardanza para integrarse al mercado mundial. La rápida unificación que lograron los sectores productores de plata y de trigo en Chile favoreció la conformación temprana del Estado-nación bajo el proyecto de Diego Portales. Pero ello no ocurrió de igual manera en otros países de la región, lo que atrasó su respuesta a los requerimientos de la economía mundial.

Curiosamente, en el último cuarto del siglo XX la constitución del nuevo patrón exportador volverá a encontrar a Chile y a sus clases dominantes en una situación excepcional. El golpe militar encabezado por Augusto Pinochet, una débil división interna de las clases dominantes y la fuerte derrota que sufren los sectores sociales que podían oponerse al nuevo proyecto económico, ayudarán a que nuevamente la economía chilena logre una rápida reorganización y rearticulación de la economía y la sociedad bajo los parámetros que reclama la mundialización y el nuevo patrón exportador. Para mediados de los años

80 la dictadura militar ha realizado las principales reformas, iniciándose un ciclo de crecimiento sobre una estructura exportadora que tiene como base productos primarios: el tradicional cobre, maderas en bruto o con pequeño valor agregado, frutas, productos del mar, harina de pescado, vinos, etc.

Este cuadro ha sido distinto en Argentina y en México, por ejemplo. En el primer caso, por la presencia de proyectos de nación muy diferenciados entre los grandes productores de trigo y carne y una fracción burguesa más ligada a la producción propiamente industrial. A esas dificultades se añaden la corrupción (muy inferior en Chile) y la insolvencia financiera que propiciaron diversos gobiernos posdictatoriales, particularmente los dos mandatos de Carlos Saúl Menem, y que llevaron a una crisis profunda de la economía nacional a inicios del siglo XXI. Las divisiones interburguesas también tienen un peso significativo en México, con un sector cuyas fuertes ligazones en el mercado interno crean los salarios, lo que entraba la reorganización económica en torno de un proyecto que, como el nuevo patrón, deja al mercado interno conformado por el gasto salarial en lugares secundarios. A ello se une la existencia de un movimiento sindical que mantuvo fuertes lazos con el Estado, pero esos vínculos tuvieron como sustento tanto las dádivas que éste ofreció a las dirigencias sindicales, como los beneficios sociales que otorgó a importantes sectores agremiados. Romper con tal estado de cosas no ha sido fácil para el gran capital mexicano, lo que explica los retrasos (a pesar de los avances logrados) en el conjunto de condiciones que reclama el nuevo patrón exportador, ya sea en el campo tributario, de privatizaciones del sector eléctrico y energético, reformas a la seguridad social, nuevas leyes laborales u otros. Si bien en las últimas décadas han crecido de manera significativa las exportaciones mexicanas, así como las inversiones extranjeras, el nuevo patrón continúa apoyado en variables como la masiva entrada de remesas de dinero enviadas por los migrantes mexicanos residentes en EEUU, lo que favorece al capital financiero (que controla y obtiene grandes dividendos en cada remesa), así como también a las fracciones industriales y de servicio de los mercados medios y bajos.

Por la dinámica de la resistencia, organización y lucha del mundo del trabajo. La historia de cómo las clases y demás sectores sociales han asumido la defensa de sus intereses, sus triunfos y derrotas, tiene significativa importancia para comprender la forma particular en que enfrentan los desafíos actuales. Las antiguas luchas de los mineros y de los campesinos bolivianos no son ajenas a la resistencia del movimiento popular y su capacidad de cercar las grandes ciudades de su país en oposición a los proyectos modernizadores del capital

local y transnacional. Difícilmente podría entenderse la historia reciente de Venezuela desconociendo los movimientos nacionalistas en el seno de sus Fuerzas Armadas y su irrupción en la vida política venezolana, y el papel que ha jugado Chávez en tal proceso. La derrota política e ideológica de los partidos de izquierda y de los movimientos sociales en Chile tras el golpe militar se encuentra en la base de los «éxitos» económicos del capital en ese país, y de la relativa paz social que sus sectores dominantes han disfrutado a poco más de tres décadas de la irrupción militar. En Argentina la crisis de fines del siglo XX fue un detonador de la rearticulación y puesta en movimiento de antiguos y nuevos movimientos sociales, con una capacidad de movilización inusitada para organizaciones que sufrieron la represión en la etapa de gobiernos militares con igual o peor fuerza que en otros países de la región.

Por el peso y significación de la población indígena. La visibilidad que han ganado ciertos movimientos sociales en las últimas décadas ha servido para poner de manifiesto la diversidad étnica de la región y cuestionar los proyectos homogenizadores de los Estados. Los movimientos indígenas en Ecuador, Bolivia, México y en menor medida en Chile nos muestran, primero, el peso social que conservan y, segundo, que ese sector es uno de los más golpeados por las políticas de segregación y exclusión que presenta el nuevo patrón y la nueva economía. A la reivindicación étnica de sus ancestrales derechos sobre tierras, formas de organización social y política y de su cultura, se unen su condición clasista de campesinos, mineros u obreros fuertemente afectados por las tendencias económicas que apuntan a agudizar el polo de la miseria.

Particularidades del Estado, del sistema político y la política. Dos preguntas centrales pueden orientar la búsqueda de especificidades en este tema: ¿quiénes tienen el poder? y ¿cómo lo ejercen? La primera remite a los sectores sociales que alcanzan mejores condiciones para el desarrollo de sus intereses con las políticas estatales, en periodos de mediana a larga duración. Aquí es necesario responder a interrogantes sobre la conformación del bloque en el poder, de la hegemonía, de las alianzas sociales. La segunda pregunta remite a las formas de gobierno, a los sectores que se constituyen en la clase reinante, a las alianzas políticas y electorales, al tipo de sistema de partidos, a las características de la clase política, a su reclutamiento y preparación, etc.[17].

Salvo contadas excepciones, sea de la mano de las viejas como de las nuevas fuerzas, así sean de derecha, centro o izquierda, los gobiernos de la región

17. Temas que hemos desarrollado en Osorio 2004b.

han terminado por limitarse a programas que, al menos en la parte económica, prosiguen lineamientos generales sustentados en la idea de equilibrios macroeconómicos, privatización, reformas laborales y ajustes que han propiciado fuertes caídas de los ingresos por salarios, concentración de la riqueza y aperturas de las barreras arancelarias, bajo los supuestos de un proceso de globalización del que nadie puede sustraerse y que exige elevar la competitividad de las economías nacionales. Esta suerte de neooligarquización del Estado, con «coro electoral», ha ido acentuando la percepción de que poco importa la fuerza que arribe al gobierno, ya que las recetas, a fin de cuentas, tenderán a ser más o menos similares, abriendo paso a potenciales crisis de legitimidad.

Lo global y lo local: a modo de conclusión

Solo desde una perspectiva que alcance un justo equilibrio entre la consideración de tendencias generales que atraviesan el conjunto de América Latina, en el marco de una región que cumple funciones específicas en la división internacional del trabajo y en los procesos de acumulación del sistema mundial, y de la forma particular como las naciones y clases locales responden a dichas tendencias –sea para ajustarse a ellas o para resistirlas– sobre la base de estructuras de larga duración que propician coyunturas cargadas de novedades en sus movimientos, los estudios sobre América Latina volverán a mostrar su significativa importancia, tanto para quienes consideran que las simples tendencias sistémicas o la simple teoría general resuelven los avatares analíticos particulares, como para aquellos que, limitados al estudio casuístico, esperan encontrar respuestas a los desafíos de explicación que presenta nuestra región en los nuevos tiempos.

Una tarea de tal envergadura reclama un denodado esfuerzo de preparación y de formación de viejos y nuevos investigadores. De volver a readecuar planes y programas de estudio en todos los niveles de escuelas y facultades de las ciencias sociales. De trascender las visiones disciplinarias, así como de repensar críticamente lo que hoy se realiza en materia de docencia e investigación sobre América Latina. En este, como en muchos otros procesos que atraviesan las ciencias sociales en general y la región en particular, solo cabe caminar a contracorriente.

Referencias

Amin, Samir: *Los desafíos de la mundialización*, Siglo XXI / Ceiich, México, 1997.
Braudel, Fernando: *La dinámica del capitalismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986.

Cardoso, Fernando Henrique y Enzo Faletto: *Dependencia y desarrollo en América Latina*, Siglo XXI, México, 1969.
Castells, Manuel: *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*, Alianza, Madrid, 1997.
Cepal: *Indicadores sociales básicos de la subregión norte de América Latina y el Caribe, 1996-1997*, México, 1997.
Cepal: *Globalización y desarrollo*, Santiago, 2002.
Frank, André Gunder: *La acumulación mundial, 1492-1789*, Siglo XXI, España, 1979.
Hardt, Michael y Antonio Negri: *Imperio*, Paidós, Buenos Aires, 2002.
Hodara, Joseph: *Prebisch y la Cepal*, El Colegio de México, 1987.
Marini, Ruy Mauro: *Dialéctica de la dependencia*, Era, México, 1973.
Osorio, Jaime: *Fundamentos del análisis social. La realidad social y su conocimiento*, FCE / UAM, México, 2001.
Osorio, Jaime: «El neoestructuralismo y el subdesarrollo. Una visión crítica» en *Nueva Sociedad* Nº 183, Caracas, 1-2/2003.
Osorio, Jaime: *Crítica de la economía vulgar. Reproducción del capital y dependencia*, Porrúa / UAZ, México, 2004a.
Osorio, Jaime: *El Estado en el centro de la mundialización. La sociedad civil y el asunto del poder*, FCE, México, 2004b.
Petras, James: «La base económica del poder imperial» en *La Jornada*, México, 21/8/04.
Prebisch, Raúl: «Cinco etapas de mi pensamiento sobre el desarrollo» en *Comercio Exterior* vol. 37 Nº 5, México, 1987.
Programa de Economía del Trabajo: *Economía y trabajo en Chile. Informe anual 1995-1996*, Santiago, 1997.
Saxe-Fernández, John y James Petras: *Globalización, imperialismo y clase social*, Lumen, Argentina, 2001.
Sunkel, Osvaldo y Pedro Paz: *El desarrollo del subdesarrollo y la teoría del desarrollo*, Siglo XXI, México, 1970.
Wallerstein, Inmanuel: *El moderno sistema mundial*, tomo I, Siglo XXI, México, 1979.
Wallerstein, Inmanuel (coord.): *Abrir las ciencias sociales*, Siglo XXI / Ceiich, México, 1996.
Wallerstein, Inmanuel: *Impensar las ciencias sociales*, Siglo XXI / Ceiich, México, 1998.
Wallerstein, Inmanuel: *Conocer el mundo, saber el mundo*, Siglo XXI / Ceiich, México, 2001.